

CÓMO PREVENIR LA DISRUPCIÓN

Isabel Fernández García IES Pradolongo (Madrid)

¿Cuántas veces nos ha pasado? Nos encontramos desarrollando la sesión y un niño nos pide ir al baño, otros están sacando unas galletas de la lonchera, otro se levanta, otro molesta al compañero....Se están produciendo conductas que obstaculizan la marcha “normal” de la clase. Los profesores o profesoras solemos valorar estas situaciones de forma negativa: falta de fe en el manejo del aula, clima de aula tenso y problemas en las interacciones docente – alumno.

En primer lugar, tenemos que pensar que las situaciones son interactivas, es decir, nada de lo que ocurra en ellas es ajeno a ninguno de sus miembros y, consecuentemente, tampoco puede imputársele de manera exclusiva a nadie. Los niños pequeños suelen ver al profesor como una figura importante y prestigiosa; los adolescentes le exigen que se gane ese prestigio. En general, los profesores que son capaces de crear una buena relación personal con los alumnos y se ganan el respeto de éstos configuran un modelo aceptado por el alumno, sobre todo, por el alumno menos motivado y más disruptivo.

¿Cuáles han de ser los principios educativos que guíen la actuación del docente?

1-Consistencia.

A menudo, el alumnado se queja de aquel profesor que, tras dar a conocer una serie de pautas de actuación, las rompe sin explicación alguna, o de aquellos que son imprevisibles y que hacen depender la acción educativa de su estado de humor o de la improvisación. La consistencia de actuación ante el alumno significa aclarar las expectativas, las normas, las demandas, los procedimientos y mantenerlos.

2-Coherencia

Si el profesor es consistente en su forma de actuar y en sus propuestas curriculares, se le percibirá con coherencia, su mensaje será claro para el alumnado sin ambigüedades y en caso de que se suscitaran dudas será importante proceder a su aclaración. El profesor se mostrará “sólido” entre lo que dice y hace.

3-Predictibilidad

Los alumnos demandan seguridad en múltiples acciones. De hecho, es el alumno más disruptivo el que exige con mayor énfasis un marco seguro en el que actuar a pesar de que sus actitudes sean arrogantes y hostiles en muchos casos. También hay que valorar que es posible que la escuela sea un punto de referencia esencial de seguridad para aquellos alumnos cuya vida esté sujeta a situaciones de desajuste personal, familiar o social. Esta predictibilidad en la acción consistente y coherente del profesor puede proporcionar unas pautas que permitan el desarrollo personal y exitoso del alumno, ayudándole a desarrollar su imagen personal.

4-Negociación.

Si un profesor es fiable y se puede confiar él es muy probable que se entable un espacio de negociación de los conflictos que puedan surgir. Esto está directamente relacionado con las formas de abordar los conflictos que asuma el profesor. Las capacidades de diálogo y de llegar a acuerdos por parte del profesor con el alumnado sabiendo “honrar a la persona pero ser firme con el tema”, son las que tienen más probabilidades de reducir las actitudes disruptivas y hostiles y de mejorar las interacciones con los alumnos.

Isabel Fernández García IES Pradolongo (Madrid)

5-Justicia.

Saber negociar y ser predecible es a los ojos del alumno ser justo, puesto que el profesor podrá justificar sus actos y correcciones dentro de un marco de tratamiento equitativo para todos los alumnos. Ser justo es convertirse en una persona respetada dentro de los límites que la relación alumno-profesor supone.

Estrategias que ayudan a afrontar la disrupción.

1-Mostrar más atención a las conductas adecuadas que a las inadecuadas.

Los profesores emiten muchos mensajes simplemente con su presencia en el aula. Uno de los errores más usuales entre los docentes es intervenir en todos los incidentes o llamadas de atención por parte del alumno disruptivo. Muchos autores mantienen la importancia de soslayar el acto disruptivo o la llamada de atención y centrar la acción en la tarea. Esto supone no prestar la atención directa al alumno que expulso hace gestos de desacuerdo en ese preciso instante, sino más bien esperar el momento en que esté trabajando para apoyarle en su buena conducta. En términos educativos: mostrarle el refuerzo cuando haga algo bien en lugar de prestarle la atención cuando esté realizando la acción que retarda la marcha del proceso de aula.

Saber no prestar la atención debida a la disrupción significa mandar mensajes no verbales en los que se dé por entendido que el profesor es consciente de lo que está ocurriendo y a la vez avanzar en el proceso de aula en el que está inmersa la clase centrando el interés en el grupo. En este terreno el lenguaje no verbal es una pieza clave. Con acciones de baja intensidad de disrupción, un gesto, una mirada es suficiente. De forma no verbal se le está indicando al alumno en cuestión lo siguiente: “tú sabes que estoy aquí y que me estoy dando cuenta”. Una mirada, un leve gesto con la mano, una llamada a participar en una actividad, una pregunta dirigida al alumno, un acercamiento hacia la situación conflictiva, o una invasión del territorio del grupo que no sigue la marcha de la clase sirven en muchos casos como respuesta a las provocaciones o incidentes perturbadores.

2-Coherencia entre el lenguaje verbal y el lenguaje no verbal.

El lenguaje no verbal es todo lo que hacemos excepto las palabras. Así, la forma en que se entregan los trabajos, la posición en el aula, la sonrisa en la cara, en fruncir el ceño, los silencios, son elementos de comunicación. Si se les da a los alumnos la opción de elegir entre un mensaje verbal y uno no verbal probablemente se queden con éste. El profesor que dice, “poneos a trabajar, no olvidéis que os estos mirando” y más tarde no se mueve de su mesa y pasa el tiempo mirando papeles, ha mandado dos mensajes simultáneos y muy probablemente el alumno acabe haciendo lo que considera más oportuno dada la falta de supervisión real. Al contrario, el profesor que sólo indica que se formen los grupos y se pongan a realizar la tarea y camina por el aula observando el ritmo de trabajo y aportando sugerencias invita con su actitud, sin decirlo, a centrarse en la tarea.

3- Dejar tiempo.

Cuando se realice una indicación breve a un alumno: “el libro”, se le deja un tiempo para que lo saque, se le observa y se asiente con la cabeza. Puede incluso irse del lugar y volver pasado

Isabel Fernández García IES Pradolongo (Madrid)

un rato para verificar la situación. Esto también es aconsejable cuando se le indica una opción al alumno: “guarda el casete, ya sabes lo que dice la norma”; el profesor se va y continúa, y más tarde chequea la situación del walkman. Esto es muy diferente a plantear un enfrentamiento directo sobre lo inadecuado de la acción. Este método comunica confianza, no ridiculiza ni exige que nadie salve su imagen ante los demás y aclara las expectativas.

4- No utilizar el grito de forma constante y como única herramienta de imposición.

En algunas ocasiones ciertos profesores que usualmente se mantienen con tono medio y no alcanzan la voz, ni expresan continuos mensajes de insatisfacción, manifiestan lo apropiado que resulta un grito seco, rápido y contundente para crear un momento de total silencio. Si el profesor abusa de esta técnica los alumnos se acostumbrarán a sus gritos y estos no causarán efecto alguno, convirtiéndose en el profesor gritón.

5- Mantener el control personal y la serenidad.

Desde las técnicas de resolución de conflictos se aconseja la utilización de estrategias de desescalada, tales como: calmarse y mantenerse sereno, no dejar que la situación provoque un enfrentamiento frontal y mucho menos delante del grupo clase. Perder los papeles por parte del profesor y entrar en un estado de enfado incontrolado puede suponer semanas de trabajo en el grupo clase para reactivar la relación precedente.

Discutir con un alumno delante de la clase o desafiar, retar o humillar a un alumno en público supone perder el tiempo, incrementar y echar fuego al conflicto, forzar que uno de los dos resulte ganador.

Cuando un alumno contesta desairadamente a las indicaciones del profesor o le reta abiertamente con chulería y marcando territorio, el profesor debe cuidar de no crear una situación de crisis total. Esto a menudo acaba en partes de expulsiones que, aunque aplacan la ira del profesor, en muchos casos no restituyen la relación ni tampoco crean una conducta alternativa. Estrategias alternativas son por ejemplo el referirse a las normas, hacer una llamada aparte al alumno, dejar un respiro, un tiempo, para que se pase el acaloramiento inicial y desviar la atención hacia otra acción, dar diferentes opciones de forma clara y dejar que el alumno decida cómo querer resolverlo, permitirle que salga un tiempo hasta que se calme y después que se incorpore de nuevo al grupo.

En todo caso, hay que tener cuidado de no favorecer situaciones de tú ganas-yo pierdo, y muy especialmente no desafiar la imagen personal del alumno delante de sus iguales a expensas de la imagen del profesor, pues irremediablemente, un número sustancial de alumnos se afiliará al bando del alumno provocador, especialmente si consideran injustas las demandas del profesor o el tono de la solicitud o si la relación con el profesor es débil.

6-Ser críticos con los actos pero no con las personas.

Muchos autores nos indican la importancia de referirse a las normas y no a las personas, mencionar el estado de cosas, la conducta y no la personalidad del alumno. De ahí que no sea lo mismo decir: “estamos en clase, ahora nos toca hacer...”, o “quedamos en que cuando se trabaja en grupo todo el mundo tiene que aportar algo” en vez de “ya estás haciendo el vago y molestando”. En este último mensaje el alumno entiende que es él el problema en vez de ser la falta de realización de la acción lo que resulta problemático.

Isabel Fernández García IES Pradolongo (Madrid)

7-Introducir cambios en el currículum escolar, haciéndolo más inclusivo y, por tanto, más enfocado a las diversas capacidades e intereses del alumnado.

Este es uno de los aspectos centrales en la prevención de los comportamientos disruptivos. En caso de conflicto, la prevención es siempre más adecuada que la intervención directa, de ahí que el profesor pueda anticiparse a las situaciones disruptivas con un buen planteamiento de currículum. En este sentido, el profesor o profesora ha de observar el ritmo de realización de las tareas, tanto dentro del grupo como de alumnos individuales, y la adecuación de la propuesta de trabajo a la situación académica de cada alumno. Esto se puede enfocar siguiendo distintas líneas de actuación: construir un clima de cooperación entre los alumnos del grupo clase, favorecer que el alumnado efectúe elecciones para realizar algunas de las tareas, diseñar las actividades con distintos niveles de ejecución pensando en el éxito del alumnado, partir de las experiencias e intereses del alumnado, relacionar siempre que sea posible los aprendizajes del alumnado con situaciones de su vida cotidiana, practicar debates abiertos en aquellas cuestiones de los contenidos que no hay una única respuesta cerrada sino que caben diversas interpretaciones, utilizar instrumentos y situaciones de evaluación variadas centradas en los tres tipos de contenidos (actitudinales, procedimentales y conceptuales), etc.

Si una tarea no está bien repartida entre los diferentes miembros de un grupo, o no se está realizando con la colaboración que se requiere, o se están generando conductas agresivas entre los alumnos, o se observa estupefacción y grandes dificultades en el desarrollo de la tarea o que los alumnos están desmotivados por considerarla simple y repetitiva, es el profesor, con su supervisión, quién ha de actuar inmediatamente ajustando las necesidades de los alumnos a la propuesta. El profesor que prevé cualquiera de estas situaciones tenderá a intervenir antes de que se desborde la situación y resolverá muchos posibles incidentes de disrupción.

Otras maneras de distraer al alumno disruptivo son: darle algo que hacer; modificar los agrupamientos o cambiar de sitio al alumno; introducir un elemento nuevo en la rutina de trabajo; o, en algunos casos, llamar al alumno o alumnos en conflicto y hablar brevemente con ellos. La mayoría de los profesores manifiestan que una de las formas más comunes de abordar los conflictos con los alumnos es tener una entrevista personal con el chico individualmente. Esto puede realizarse en el intercambio de clase, al tocar el timbre o citando al alumno en una hora conveniente para los dos. Los alumnos también manifiestan que en estas entrevistas el profesor tiende a sermonear por encima de llegar a acuerdos negociados, por eso algunas propuestas para el profesorado desde los centros de formación aconsejan utilizar estrategias de escucha activa y una actitud abierta para llegar a acuerdos. De poco sirve hablar con el alumno, o los alumnos disruptivos en privado, si el interés se centra en “decirles cuatro verdades”, cuando lo que se está intentando es un cambio de sentido que sea asumido, duradero y genere empatía en vez de resentimiento.

Finalmente, según Dreikurs (1998), el alumno con su conducta disruptiva busca alguno de los siguientes objetivos: llamar la atención, demostrar poder o vengarse de un incidente o de una situación personal. Esto supone que no tenemos que contemplar los comportamientos disruptivos de tal o cual alumno como algo personal contra mí que soy su profesor, sino que la mayoría de las veces lo que nos está indicando es insatisfacción con situaciones de su vida, aunque en ese momento me repercute a mí porque yo le estoy dando clase y tengo una serie de obligaciones como tal.